

intentaba dividir la familia real aludiendo al papel un tanto secundario á que se veía reducida Catalina de Médicis desde que su hijo se había entregado á esos favoritos de grandes ambiciones. Los príncipes católicos se dirigían á la reina madre como á una especie de árbitro y le suplicaban que interpusiera sus buenos oficios entre el rey y unos súbditos de cuyo celo y abnegación tenía ella pruebas bastantes.

El rey se tomó el trabajo de contestar á aquel documento de acusación, y pasando muy ligeramente sobre los ataques personales, extendióse largamente sobre el capítulo de la religión. ¿Quién se había mostrado más celoso que él en pro de los intereses de la Iglesia? ¿Acaso desde su primera juventud no había luchado por ella con las armas en la mano? Se le echaba en cara que dejase en paz á los hugonotes, pero ¿de quién era la culpa? ¿Por ventura los Estados generales de 1576 no le habían negado los subsidios de guerra? Por otra parte, la paz en que se había visto obligado á vivir á causa de la mala voluntad de los Estados no había dejado de reportar sus ventajas á la religión; en efecto, el culto católico había sido restablecido en muchos sitios en donde lo habían abolido las partidas protestantes; con la tranquilidad habíanse repoblado los campos; las reformas que reclamaba la Iglesia se habían hecho posibles; los beneficios habían sido por él cuidadosamente conferidos á personas dignas de desempeñarlos, y el Clero se había reunido varias veces en sínodos provinciales. Preocupábanse ya de la elección de su sucesor, y era «desconfiar demasiado de la gracia y bondad de Dios, de la salud y vida de su dicha Majestad y de la fecundidad de la dicha señora reina, su mujer, promover desde ahora tal cuestión y aun tratar de resolverla por medio de las armas.» La guerra, lejos de remediar un mal incierto, no haría más que llenar el reino «de fuerzas extranjeras, de parcialidades y discordias inmortales, de sangre, de asesinatos y de bandidajes sin fin.» «Y he aquí, exclamaba irónicamente el monarca, que la religión católica será restablecida; que el eclesiástico se verá libre de diezmos; que el hidalgo vivirá sosegado y seguro en su casa y gozará de sus derechos y prerrogativas; que los ciudadanos y habitantes de las ciudades estarán exentos de guarniciones y que el pobre pueblo se encontrará aliviado de las gabelas y de los impuestos que hoy pesan sobre él» (abril de 1585).

Guisa juntaba tropas de todas partes; reclutaba lansquenets y raitres en Alemania; alistaba 6.000 suizos que debía traerle el coronel Pfyffer, y en todas partes también preparaba inmensos depósitos de armas. París era el gran mercado de abastecimientos; y aunque el rey había ordenado á los armeros y á los quincalleros que no vendiesen armas más que á las personas de toda confianza, la Liga se había procurado los medios de defenderse y de atacar. Para ello había comprado á fuerza de dinero á Nicolás Poulain, teniente del prebostazgo de la Isla de Francia, que por su condición estaba á cubierto de toda sospecha, y le hacía realizar las compras. Este funcionario regio, para justificarse, quiso hacer ver más adelante, en un curioso proceso verbal, que había hecho traición al rey para servirle mejor y que había aceptado el papel de agente venal de la Liga para conocer sus secretos y entregarlos á Enrique III; pero se sabe que se los vendía y que comía á dos carrillos.

—La municipalidad parisiense, que no pertenecía á la Liga y vigilaba bien, hizo detener en Lagny-sur-Marne una barca procedente de París que remontaba hacia Chalóns en Champaña (12 de marzo) y que iba cargada, según dice L'Estoile, de armas «entre las cuales se encontraron hasta setecientos arcabuces y doscientos cincuenta coseletes.» El duque de Guisa reclamó este cargamento comprometedor, declarando que lo hacía llevar á su casa de Joinville «para la seguridad de su persona» (5 de abril de 1585).

De suerte que confesaba el levantamiento; pero ténase en cuenta que en aquella sazón ya nada tenía que ocultar, puesto que sus parientes, los duques de Elboeuf, de Aumale y de Mercoeur sublevaban la Normandía, la Picardía y la Bretaña; La Chatre, gobernador del Berry, le entregaba Bourges; Mayenne ocupaba Dijón, Macón y Auxonne; D'Entragues recibía en Orleans á cañonazos á las tropas leales que mandaban D'Aumont y Montpensier (21 de abril); y Mandelot, gobernador de Lyon, descontento de la corte, arrasó la ciudadela que dominaba la ciudad (5 de mayo). El Delfinado siguió el impulso: Guisa ocupó Verdún y Toul y cerró al rey el camino de los socorros de Alemania, deteniendo á Schomberg que iba allí para reclutar soldados; pero no se atrevió á intentar nada contra Metz, en donde el duque de Epernon había «instalado tempranamente á varios hidalgos, á sus servidores particulares y á muchos soldados.»

Casi todas las provincias del Norte y del Centro y casi todas las grandes ciudades se pusieron de parte de la Liga; el Mediodía y el Oeste permanecieron fieles al rey. El mariscal de Matignón contuvo la ciudad de Burdeos y el mariscal de Joyeuse la de Tolosa; en Marsella, la población castigó por sí misma á los rebeldes, prendiendo y ejecutando (13 de abril) al segundo cónsul Daries y al capitán de barrio Boniface, que habían tramado un complot para entregar la ciudad á De Vins, jefe de los ligueros provenzales.

Pero estos hechos aislados en nada disminuían la gravedad de la situación. Para resistir á los príncipes católicos habría sido preciso buscar la ayuda del rey de Navarra y aceptar los socorros de la reina de Inglaterra, remedios tan peligrosos como la misma enfermedad. El rey se había dejado sorprender y no tenía soldados ni dinero; el banquero Zamet le anticipó las sumas necesarias para reclutar suizos, pero ¿llegarían éstos á tiempo? Guisa había establecido su cuartel general en Chalóns-sur-Marne, y allí juntaba mercenarios suizos y alemanes, formando con ellos partidas que á fines de abril habían adelantado sus avanzadas hasta cerca de Epernay. París estaba amenazada y no se veía muy segura, como lo demostraban las medidas adoptadas por el rey; los deceneros, de guardia en las puertas de la ciudad, debían dar parte diariamente al gobernador de la plaza de los que entraban y salían; los barqueros tenían prohibido pasar y repasar el río en la ciudad y en dos leguas á la redonda desde las ocho de la noche hasta las cuatro de la madrugada; y los ciudadanos venían obligados á declarar las personas que alojaban en sus casas, los nombres de sus servidores y el número de caballos. La guardia de las puertas fué reforzada y los jefes de la milicia sospechosos fueron destituidos y reemplazados por el rey con oficiales togados y militares.

Enrique III temía también por su persona, así es que creó una nueva guardia de corps, llamada de los Cuarenta y cinco, «para que estuviera siempre junto á él;» esta guardia se componía en su mayor parte de segundones de Gascuña que todo lo habían de esperar de su favor y que le eran adictos hasta la muerte y hasta el crimen.

III.—La proscripción de los protestantes

El monarca fiaba sobre todo en la diplomacia de su madre. La declaración de Peronne, en la que los ligueros ponían á Catalina por testigo de la pureza de sus intenciones, parecía invocar su mediación; pero la reina madre no había esperado este llamamiento, sino que se había puesto en camino el día 30 de marzo. Al principio Guisa se complació en apurar su paciencia y evitar su encuentro, dejándola que se consumiera en Epernay durante casi todo el mes de abril; y cuando se decidió á visitarla se presentó ante ella animado de la peor voluntad. El cardenal de Borbón, cuando se encontraba solo con ella, daba hondos suspiros, lloraba y confesaba francamente haber cometido una gran locura; pero la aparición de Guisa atajaba aquellas expansiones y hacía perder á Catalina todo el terreno que en aquellas entrevistas conquistara.

La reina madre creía equivocadamente que, concediendo á los príncipes un buen edicto contra los herejes, los tendría más propicios cuando se tratara de la cuestión de las seguridades y de los favores; pero Guisa estaba resuelto á adoptar precauciones contra un cambio de criterio de Enrique III, y por consiguiente llevaba las negociaciones con «el palo en alto» y encontraba siempre insuficientes las concesiones que Catalina proponía. Y, sin embargo, ni el cardenal de Borbón ni él dejaban nunca de representar la comedia del desinterés; así en el *ultimátum* que presentaron al rey con el nombre de *Petición al rey y última resolución* (10 de junio) pedían tan sólo un Edicto contra los herejes, sin reserva ni restricción, que obligara á todos los súbditos á hacer profesión de la religión católica y declarase á «los dichos herejes... incapaces de obtener empleos, dignidades y cargos públicos. Este Edicto había de cumplirse inmediatamente, corriendo su ejecución á cargo de las fuerzas que á su disposición tenían los ligueros y otros católicos; con esta condición los príncipes, para quitar todo pretexto á las calumnias, ofrecían al rey «renunciar á todas las seguridades que no sean las que dependen de su gracia, de su inocencia y de la benevolencia de las personas de bien.» Pero estas protestas de desinterés no eran sinceras y fué preciso entregarles el poder, lo mismo que los herejes (tratado de Nemours, de 7 de julio de 1585). El rey tomó á su cargo las fuerzas extranjeras reclutadas por la Liga; concedió, pagándola de su bolsillo, una guardia á caballo á los principales jefes católicos; cedió por cinco años Soissons al cardenal de Borbón, Rue al duque de Aumale, Beaune y el castillo de Dijón á Mayenne, y Dinán y el Conquet al duque de Mercoeur. Guisa, á quien cupo la mejor parte, obtuvo Verdún, Toul, Saint-Dizier y Chalóns; y todos sus amigos fueron gratificados con mercedes, pensiones y gobiernos.

En cumplimiento del mismo tratado, Enrique III

llevó al Parlamento, en 18 de julio, un Edicto que revocaba todos los Edictos de pacificación anteriores, prohibía el ejercicio del culto reformado, ordenaba á los ministros protestantes que salieran inmediatamente del reino y no dejaba á los fieles de la nueva religión otra alternativa que convertirse ó salir desterrados dentro de un plazo de seis meses. Además se declaraba á los protestantes incapaces de ejercer ningún cargo público y se les exigía la restitución de las plazas de seguridad.

Este Edicto era el más severo de cuantos contra ellos se habían promulgado desde el comienzo de las guerras civiles. Al rey de Navarra, jefe de los protestantes, se le desposeía de todos sus derechos; y algún tiempo después refería este príncipe al historiador Mathieu que al tener noticia de la proscripción de su partido había sido tan grande su emoción que se le había encanecido la mitad del bigote.

El partido católico, constituido como un Estado dentro del Estado, juntaba sus fuerzas á las de la monarquía para aplastar al protestantismo: en 1576, Enrique III había procurado explotar las pasiones religiosas en su propio interés; ahora era la Liga la que le imponía sus jefes, su programa y sus soldados.

CAPÍTULO VI

EL PRESUNTO HEREDERO PROTESTANTE (1)

I. Decadencia de la herejía. — II. Llamamiento de los partidos á la opinión. — III. Guerra y negociaciones. — IV. Victoria del rey de Navarra. — V. Derrota del ejército de socorro.

I.—Decadencia de la herejía

Refiere L'Estoile que Enrique III, el día en que hizo registrar en el Parlamento el edicto de 18 de julio, dijo al cardenal de Borbón: «Tío, contra mi conciencia, pero muy de buen grado, vine antes aquí para ha-

(1) FUENTES: *Mémoires de la Ligue*, II, 1578. *Mémoires et correspondance de Du Plessis-Mornay*, 1824-25, II, III, IV. *Lettres-missives de Henri IV*, II. *Mémoires-journaux de L'Estoile*, tomos II y III. *Mémoires de la Huguerye*, II y III. Von Bezold, *Briefe des Pfalzgrafen Johann Casimir*, 1884, II. D'Aubigné, *Histoire universelle*, VI. De Thou, IX. La Huguerye, *Ephéméride de l'expédition des Allemands en France, août-déc 1587*, publicada por el Conde Leonel de Laubespain, «S. H. F.», 1892. (La Chastre), *Histoire contenant les plus mémorables faits advenus en l'an 1587 tant en l'armée commandée par monsieur le duc de Guyse qu'en celle des Huguenots conduite par monsieur le duc de Bouillon. Le tout envoyé par un gentilhomme français à la reine d'Angleterre*, Lyon, 1588. «Archives curieuses», 1.^a serie, XI. *Mémoires de Jacques Pape de Saint-Auban (1563-1587)*, publicadas por Edm. Maignien, 1900, y Michaud y Poujoulat, 1.^a serie, XI. De Villegomblain, *Mémoires des troubles arrivés en France sous les régnes des rois Charles IX, Henry III et Henry IV avec les voyages des sieurs de Mayenne et de Joyeuse au Levant et en Poutou*, 1668. *Chroniques fontenaisiennes, 1574-1586*, publicadas por La Fontenelle de Vaudoré, 1841.

OBRA DE CONSULTA: Barón de Hübner, *Sixte-Quint*, París, 1870, II. Bouillé, *Histoire des ducs de Guise*, III. Fornerón, *Les ducs de Guise*, II. D'Aumale, *Princes de Condé*, II. Anquez, *Henry IV et l'Allemagne*, 1887. Robiquet, *Paris et la Ligue*, H. de L'Épinois, *La Ligue et les papes*, 1886. Tuéty, *Les Allemands en France et l'invasion du comté de Montbéliard par les Lorrains*, 1587-1588, 2 vol., 1883. Guido de Bremond d'Ars, *Conférences de Saint-Brice*, «Revue des Questions historiques», XXXVI, octubre de 1884; del mismo, *Le Père de Rambouillet, Jean de Vivonne*, París, 1884. Segesser, *Ludwig Pfyffer und seine Zeit*, III, 1.^a parte, 1585-1589, Berna, 1882.

cer publicar los edictos de pacificación á fin de que con ellos se consiguiese el alivio de mi pueblo; ahora vengo para hacer publicar el edicto de revocación de aquellos según mi conciencia, pero de mala gana, porque de la publicación de éste depende la ruina de mi Estado y de mi pueblo.»

Probablemente para descargo de su conciencia envió en 22 de julio á Felipe de Lenoncourt, abad de Barbeau y de Rebais, al presidente Brulard, al señor de Poigny y á dos teólogos, Juan Prevost y Cueilley, para conseguir del rey de Navarra que se convirtiese y que le devolviese las plazas de seguridad; pero ya se adivina la acogida que obtuvo esta embajada. El rey de Navarra y el príncipe de Condé se encontraron en Saint-Paul-de-Cadajoux con Damville, á quien tenía espantado el poder de los Guisa, y reanudaron con él la antigua alianza de los protestantes y de los católicos unidos (10 de agosto de 1585). Segur-Pardaillán fué enviado á Inglaterra, á Dinamarca y á Alemania con la misión de obtener á toda costa subsidios y soldados (instrucción de 10 de mayo de 1585); para tentar á los alemanes, á quienes el embajador se presentaba «sin dinero y sin latín.» Du Pin, secretario del rey de Navarra, hizo que les ofrecieran pagarles en tierras y establecerlos como colonos en Francia.

Esta proposición demuestra la apurada situación financiera del rey de Navarra. Enrique III, por lo menos, sabía en donde proporcionarse dinero: puesto que los católicos querían la guerra, ellos eran quienes debían costearla; por esto en 11 de agosto (menos de un mes después del edicto de julio) intimó á la ciudad de París que le hiciera un donativo de 200.000 escudos, y el mismo día llamó al Louvre al primer presidente, Aquiles de Harlay, y le manifestó que no pagaría los sueldos de los magistrados y que era inútil que le molestaran con reclamaciones. Pedro de Gondí fué á Roma y obtuvo de Sixto V autorización para vender bienes eclesiásticos hasta la cantidad de 100.000 escudos de renta; la Iglesia galicana protestó inútilmente contra esas liberalidades pontificias hechas á costa suya.

El sucesor de Gregorio XIII era un espíritu apasionado, pero que tenía el sentido del gobierno y amor á la autoridad, repugnando á su carácter imperioso la rebelión, por hermosos que fuesen los pretextos con que se adornara. Veía claramente las intrigas de los Guisa; pero, por otra parte, como jefe del catolicismo, estaba obligado á tratar con miramientos á los defensores de éste, así es que, según se presentaban los acontecimientos, hacía declaraciones que parecían contradictorias, unas veces en favor del rey y otras en favor de la Liga. Exuberante y franco en extremo, este papa manifestaba con gran viveza en el momento mismo en que las sentía las diversas impresiones que le inspiraban el odio á los sediciosos, la repugnancia de las incertidumbres del monarca, el amor al orden y el temor de los progresos de la herejía; esto no obstante, no es difícil entresacar del caos de sus actos y de sus palabras una política sencilla y vigorosa. Esta política ya la había indicado, en los primeros días de su pontificado, en su respuesta al cardenal de Borbón, el cual se jactaba de encontrar en él las simpatías que por la Liga había demostrado Gregorio XIII; para él no existía distinción entre el deber de los súbditos y el deber

de los católicos, y su programa podía resumirse en los siguientes términos: guerra á la herejía bajo la dirección y la autoridad del rey. Pero desgraciadamente la ambición de los Guisa, la fuerza de los hechos, la mala voluntad y la indecisión de Enrique III hacían sumamente difícil la ejecución de este plan, y Sixto V, sospechoso á los ligeros como defensor de la autoridad real, era odioso á los realistas como fautor de la agitación de la Liga.

En los comienzos de su pontificado, creyendo que le convenía dar un golpe de efecto, lanzó, en 9 de septiembre de 1585, su famosa «bula privatoria» que declaraba á Enrique de Navarra y al príncipe de Condé desposeídos de sus derechos como herejes y relapsos; empleando el tono de un Gregorio VII, privaba al heredero presunto de sus derechos á la corona de Francia, le quitaba la de Navarra y relevaba á sus súbditos del juramento de fidelidad, y aunque algunos cardenales opinaban que debía contemporizarse y aplazar aquel escándalo, él se mostró firme en su empeño, sin prever la tempestad que se le venía encima.

En primer lugar, los príncipes condenados no se quedaron sin defensores; el gran jurisconsulto hugonote Hotmán atacó la bula pontificia en un escrito cuyo título por sí solo era ya un insulto: *Brutum fulmen Papae Sixti V* («el rayo imbecil del papa Sixto V...»); y un galicano, Pedro de L'Estoile, el mismo que en sus «Memorias-diarios» consignó la crónica cotidiana de París y de la corte durante los reinados de Enrique III y de Enrique IV, redactó una réplica á la bula que un realista tuvo la audacia de exponer al público en la misma Roma. Enrique de Navarra, en cuyo nombre fingía hablar L'Estoile, afirmaba que el Señor Sixto, supuesto papa, al acusarle de herejía había falsa y maliciosamente mentido, y que el hereje era él: «Lo cual ofrece (Enrique de Navarra) probar en pleno Concilio libre y legítimamente reunido; y si él (el papa) no consiente en que se reúna... le tiene y declara por un verdadero Anticristo y hereje.»

Los galicanos veían con horror reaparecer las doctrinas de la teocracia y de la omnipotencia pontificia; y el Parlamento, que había registrado de mala gana el edicto de 18 de julio, encontraba en la bula ocasión de protestar á la vez contra la debilidad del rey y contra la audacia del papa. Las representaciones que hizo entonces figuran entre las más generosas declaraciones de la vieja magistratura francesa y demuestran sentimientos de humanidad, tan raros en aquella época de fe ardiente. El Parlamento lamentaba que se le hubiese obligado á registrar el edicto de julio, y aunque los ligeros tuviesen las fuerzas necesarias para exterminar á los reformados,

«Vuestra Majestad, decía, no debería servirse de ellas, tanto menos cuanto que el crimen que queréis castigar está adherido á las conciencias, las cuales están exentas del poder del hierro y del fuego y pueden manejarse por otros medios más convenientes... Aunque todo el partido de los hugonotes se redujera á una sola persona, ninguno de nosotros se atrevería á condenar á ésta á muerte si previamente no se le incoaba un proceso con toda solemnidad; y si no resultaba debidamente convicta de crimen capital y enorme, al condenar al delincuente tendríamos el sentimiento de

perder un buen ciudadano. ¿Quién será, pues, el que sin forma alguna de justicia se atreverá á despoblar tantas ciudades, á destruir tantas provincias y á convertir este reino en una tumba? ¿Quién osará, digo, pronunciar la palabra para exponer á la muerte á tantos millones de hombres, mujeres y niños? En verdad, sin causa ni razón aparente, puesto que no se les imputa otro crimen que el de herejía, herejía aún desconocida ó por lo menos indecisa..., que someten al juicio de un Concilio universal, general ó nacional.»

De manera que el Parlamento volvía á ponerlo todo en duda, incluso el dogma decretado por el Concilio de Trento.

Después de haber recordado al príncipe sus deberes de humanidad, se ocupaba desdeñosamente de la declaración pontificia cuyo estilo era «tan nuevo y tan distante de la modestia de los anteriores papas,» y pedía que ante todo el papa «demuestre el derecho que pretende tener en la traslación de los reinos establecidos y ordenados por Dios antes de que el nombre de papa existiera... Es preciso que nos enseñe con qué especie de piedad y de santidad da lo que no es suyo. Quita á los demás lo que legítimamente les pertenece, amotina á los vasallos y á los súbditos contra sus señores y príncipes soberanos y trastorna los fundamentos de toda justicia y orden político.»

II.—Llamamiento de los partidos á la opinión

La opinión pública era una fuerza con la cual contaban todos los partidos, y Enrique de Navarra la tomó como árbitro entre los ligeros y él, á cual efecto envió á los tres órdenes cartas que determinaban las responsabilidades (1.º de enero de 1586), lanzando á quien de derecho la mereciera, es decir, á los Guisa y á sus partidarios, la acusación de haber suscitado los disturbios y la guerra civil.

Al Clero le decía:

«Dios me ha hecho nacer príncipe cristiano y deseo el fortalecimiento, el aumento y la paz de la religión cristiana. Creemos en un Dios, reconocemos á un Jesucristo y recibimos un mismo Evangelio; y si hemos llegado á una divergencia sobre las interpretaciones de los mismos textos, creo que los medios suaves que yo había propuesto podían ponernos de acuerdo. Creo que la guerra que tan vivamente seguís es indigna de cristianos é indigna entre los cristianos, especialmente de los que pretenden ser Doctores del Evangelio. Si tanto os gusta la guerra, si una batalla os gusta más que una disputa y una conspiración sangrienta más que un Concilio, yo me lavo las manos de ello; la sangre que se derramará caiga sobre vuestras cabezas.»

Como siempre, daba á entender que no era un hereje testarudo y que no se negaba á dejarse instruirse. Únicamente protestaba contra la conversión á mano armada.

A la Nobleza le hablaba en otro tono:

«Los príncipes franceses son los jefes de la nobleza. A todos os amo y me siento percer y debilitar en vuestra sangre. El extranjero (con este nombre designaba á los Lorena) no puede tener sentimiento; el extranjero no tiene interés en esta pérdida. Podría quejarme de muchos, pero prefiero compadecerles y estoy

dispuesto á abrazarlos á todos. Lo que me disgusta es, que en la suerte de las armas no puedo distinguir á aquellos á quienes en mi espíritu distingo y que sé que han sido engañados; mas Dios sabe mi corazón. Caiga la sangre sobre los autores de estas miserias.»

Aquel rey de treinta años encontraba por instinto las palabras que impresionan, el acento que conmueve.

Por fuerza aquel llamamiento debió emocionar á la opinión cuando la Liga juzgó necesario testarlo. Uno de sus fundadores, el abogado Luis Dorleáns, publicó el famoso *Avertissement des catholiques anglais aux François catholiques* («Advertencia de los católicos ingleses á los franceses católicos»), en el que se supone que un católico inglés pone á los católicos franceses en guardia contra el advenimiento de un rey hereje, diciéndoles que todos los males que padecen los católicos en Inglaterra caerían sobre Francia si Enrique de Borbón subía al trono. En vano protesta éste de sus ideas de tolerancia; el pasado responde del porvenir y sabido es como Juana de Albret y él han tratado á los religiosos y á los sacerdotes en sus Estados hereditarios. Los políticos afirman que en un mismo país pueden coexistir dos religiones y citan el ejemplo de Alemania; pero este ejemplo puede impresionar á los torpes: «Es muy fácil en los hogares de Alemania, en donde la religión sólo huele á vino, hacer convivir tres ó cuatro religiones diferentes, y hasta ciento, si es que tantas hay;» pero en Francia, en donde el Estado se funda en el catolicismo, «es cosa absolutamente imposible.» Enrique de Navarra osa llamarse heredero presunto. ¡Cómo! ¿Podría ser rey quien por la ley civil está condenado á la hoguera? Si los católicos hubiesen cumplido todo su deber la noche de San Bartolomé, «el reino no se encontraría en situación tan apurada.» «No podemos disimular la cruel clemencia y la inhumana misericordia del día de San Bartolomé, porque habiendo acaecido en aquel día la crisis de vuestra enfermedad y habiéndose ordenado una sangría muy saludable y provechosa á todo el cuerpo, se sacaron dos vasijas menos de sangre de la que se necesitaba para la salud de todos los miembros.» Las dos «vasijas» de menos eran la sangre del príncipe de Condé y del rey de Navarra. ¿Qué otro remedio de este olvido quedaba que la unión de los católicos? Si los herejes se han ligado, ¿por qué no pueden hacerlo los católicos? Se acusa á los ligeros de ser españoles, pero ¿quién no preferiría ser español á ser hugonote? Y Luis Dorleáns prosigue con creciente violencia elogiando á Felipe II por los rigores de la Inquisición y por el asesinato de su hijo don Carlos... y no retrocede ante ninguna de las consecuencias inhumanas ó antipatrióticas de sus principios. Su libro, uno de los más apasionados y extraños del siglo XVI, es el manifiesto de la fracción más exaltada de la naciente Liga parisense.

Otros muchos escritos circularon entonces, unos en pro y otros en contra de la Liga; citaremos entre ellos: *Brieve response d'un catholique françois à l'Apologie ou deffence des ligueurs* («Breve respuesta de un católico francés á la Apología ó defensa de los ligeros»); *L'Antiguaisart* («El contrario á los Guisa»); *Lettre d'un gentilhomme catholique françois contenant breve response*

aux calomnies d'un certain prétendu anglais («Carta de un hidalgo católico que contiene breve respuesta á las calumnias de cierto supuesto inglés»). Folletos de pocas páginas volaban de un extremo á otro del reino y se introducían en todas partes, y el grabado ó la imagen ilustraban el texto ó hablaban á los ojos. Aunque el Parlamento, después del triunfo de Enrique IV, mandó echar en los batanes estas producciones de una literatura sediciosa, todavía quedan de ellas ejemplares bastantes para dar idea de una prodigiosa polémica.

III.—Guerra y negociaciones

La guerra de los manifiestos era el prelude de la verdadera guerra.

El duque de Mercoeur, gobernador de Bretaña, había invadido el Poitou (septiembre de 1585); Condé fué á presentarle batalla en Fontenay y al ver que se retiraba, cargó contra él y le derrotó. Desde el Loira, que aquél hubo de repasar, lanzóse Condé sobre la plaza de Brouage, que hostilizaba La Rochela, bloqueó-la por tierra y por mar y se disponía á darle el asalto, cuando dejó aquella presa para intentar una aventura. Un atrevido capitán hugonote, Rochemorte, con once compañeros, se había apoderado por sorpresa de la ciudadela de Angers; Condé fué en su ayuda, pero cuando llegó, Rochemorte había muerto y la ciudadela había sido reconquistada por los católicos. Dos veces intentó, aunque sin éxito, tomar la ciudad; y su testarudez dió tiempo al duque de Joyeuse para cortar el camino del Sur. Entonces se alejó hacia Vendome, teniendo que dispersar sus tropas para librarse de la persecución, y acompañado sólo de algunos hidalgos llegó á Bretaña y á Guernesey (octubre de 1585). Cuando pudo regresar á La Rochela (enero de 1586), el gobernador de Brouage, Saint-Luc, había logrado romper el bloqueo.

No eran más decisivas las operaciones de los católicos. La única preocupación del rey era quitar al duque de Guisa y á los demás jefes de la Liga toda ocasión de conquistar fama; así es que si bien puso al frente del ejército de Guiana al duque de Mayenne, no le facilitó los refuerzos necesarios, teniendo, por consiguiente, que limitarse este caudillo á sitiar algunas poblaciones insignificantes. La mejor parte de sus fuerzas se la había reservado á sus favoritos Joyeuse y d'Épernon para que operasen en Auvernia y en Provenza.

Los mariscales de Matignón y de Birón trataban con cierta consideración al rey de Navarra, con gran indignación de la Liga. Birón, después de algunas operaciones sin importancia, firmó con él una tregua (agosto de 1586), que fué el prelude de negociaciones que se prosiguieron durante el resto del año.

El rey de Navarra procuraba conmovier á los príncipes protestantes. En los Países Bajos, el asesinato de Guillermo de Orange (10 de julio de 1584) perpetrado por Baltasar Gerard, católico natural del Franco-Condado, que quería vengar á Dios y á Felipe II; el peligro que amenazaba á la Unión de Utrecht después del asesinato de su jefe; los triunfos del duque de Parma y su entrada en Amberes al cabo de catorce meses y medio de sitio (17 de agosto de 1585); en Francia, el levantamiento de los ligeros; y en Alemania, la depo-

sición de Gebhardt Truchsess, arzobispo elector de Colonia que, convertido al calvinismo y casado, había pretendido conservar el electorado, eran otros tantos indicios alarmantes de una reacción ofensiva del catolicismo. Segur-Pardaillán había de hacer ver á Isabel que «había peligro para la cristiandad entera.» «El papa y el rey (de España) se ayudan el uno para la monarquía espiritual y el otro para la temporal.» Habiendo siempre Francia servido de contrapeso en Europa á la casa de Austria, «júzguese qué salto daría la balanza» si aquella se dividía ó se añadía á la grandeza de España. La reina, «á quien Dios ha dejado en paz y retirada en un rincón» para velar por todas las partes de la cristiandad, ha de facilitar al rey de Navarra los medios de reclutar en Alemania un ejército extranjero, y ha de enviarle una escuadra «para hostigar y dañar á sus enemigos.» Pero Isabel, que por un momento había mostrado gran entusiasmo, ahora no quería obrar «sino por bajo mano» y con el menor gasto posible; así es que despidió á Segur con una promesa de 50.000 escudos. Segur recorrió Alemania sin más éxito que el que había tenido en Inglaterra: los príncipes estaban divididos é intimidados por las prohibiciones del emperador y no acababan nunca de decidirse; su buena voluntad, sin embargo, era manifiesta y en prueba de ello que luteranos y calvinistas se unieron para enviar una embajada al rey de Francia; pero tardaron más de seis meses en redactar la instrucción. Cuando los diputados llegaron á París, á fines de julio de 1586, aun hubieron de esperar hasta el 10 de octubre para que Enrique III consintiera en recibirlos.

Los electores palatinos de Sajonia y de Brandeburgo, Joaquín Federico, marqués de Brandeburgo y administrador de Magdeburgo, el duque de Brunswick-Luneburgo, los landgraves de Hesse, Guillermo, Luis y Jorge, y las cuatro ciudades imperiales de Estrasburgo, Ulm, Nuremberg y Francfort, habían encargado á sus representantes que manifestaran al rey «el sentimiento» con que se habían enterado de que hubiese revocado el edicto de Nantes y no quisiera tolerar en su reino persona alguna que no fuese de la religión romana; «los cuales cambios, declaró el orador Felipe de Helmstadt, les han parecido muy extraños, teniendo en cuenta que en este asunto están muy interesados vuestra persona real, vuestros Estados, vuestra conciencia, vuestro honor, vuestra reputación y vuestra buena fama.» «Y no aciertan á comprender qué ventaja ni qué adelanto puede reportar á Vuestra Majestad y á vuestros Estados dar oídos á los que quisieran apartaros de vuestras promesas reales, de vuestra fe y palabra contenida en vuestro edicto de paz, que solíais denominar vuestra paz por haberla dado de vuestro buen grado y sin ningún ejército de vuestros súbditos, y á pesar de ello inviolable.» Enrique III, furioso de que se atrevieran á echarle en cara una violación de su palabra, contestó por escrito, al día siguiente (11 de octubre), «que ha podido, puede y debe constituir en su reino los edictos, leyes y ordenanzas que bien le parezcan, cambiarlos y mantenerlos según la exigencia de los casos y según que el bien de sus súbditos lo requiera.» Y aquel mismo día hizo entregar á los embajadores pasaportes para su regreso.

Esta actitud del monarca francés, las instancias del

rey de Navarra y el dinero de Inglaterra apresuraron la formación del ejército de socorro. Isabel, que veía la Holanda y la Zelanda amenazadas por el duque de Parma, comenzaba á encontrar peligroso para ella dejar que la Liga aplastara al rey de Navarra, por lo que se decidió á doblar la subvención que había prometido á Segur; pero, desconfiada como de costumbre, hizo que los 100.000 escudos fuesen entregados á Juan Casimiro, el cual se encargó de reclutar 8.000 raitres y 14.000 hombres de á pie. Juan Casimiro, regente del Palatinado desde la muerte de su hermano (1583) y

bios y escandalizaban á los fanáticos, el desorden de su hacienda. En octubre de 1586, confesaba al nuncio que necesitaba más de 500.000 escudos mensuales para sostener las tropas y que sus arcas estaban vacías. Por otra parte, su carácter flojo y vacilante era contrario á los esfuerzos prolongados, á las resoluciones enérgicas, sin ánimo de revocarlas. Su madre se hacía tal vez la ilusión de lograr la conversión del rey de Navarra y la devolución de las plazas de seguridad que éste tenía en su poder; y sin temor á la intemperie, ni á los azares de los malos alojamientos ni á los ataques y á los



El conde palatino Juan Casimiro, facsímil reducido de un grabado de Crispín de Passe (1560-1627)

ardiente calvinista, mostraba mucho más celo que los demás príncipes alemanes en favor de los hugonotes; y cuando hubo recogido, además del dinero de Isabel, los 100.000 thalers que facilitó el rey de Dinamarca y los anticipos de algunos otros príncipes, organizó la expedición á su manera. Su fe era mucha, pero no por esto descuidaba sus asuntos; y como aun no había cobrado las sumas que Enrique III le prometiera al firmar la paz después de la campaña que contra éste había hecho en 1576, en el tratado de Fridelsheim que firmó con Segur (11 de enero de 1587) aseguró cuidadosamente el pago de las tropas, el reembolso á la reina de Inglaterra y sobre todo el cobro de sus propios créditos. Al frente de los auxiliares alemanes y suizos, que no quiso mandar personalmente, puso á un capitán poco conocido, pero muy devoto suyo, el burgrave Fabián de Dohna.

Enrique III apenas había empezado la guerra y ya tenía prisa por firmar la paz, entrando por mucho en estos cambios de criterio, que desconcertaban á los sa-

robos de las partidas, fué á buscar á su yerno en pleno país protestante. Las primeras entrevistas (diciembre de 1586) se celebraron en el castillo de Saint-Brice (cerca de Cognac) y en ellas hubo grandes recriminaciones por parte del rey de Navarra, el cual se mostraba resentido por el tratado de Nemours, que calificaba de traición hija de la debilidad del rey y de la perfidia de la reina madre.

Catalina le apremiaba para que abjurase y fuese á vivir en la corte, pero él contestaba que separándose de los reformados se quedaría solo y expuesto á los golpes de los Guisa á quienes daría ocasión para privarla á ella del mejor servidor que había tenido siempre; y si la reina madre le hacía ver la existencia á que le condenaba aquella guerra eterna, él respondía, entre serio y gracioso según su costumbre: «Las soporto con paciencia (estas incomodidades), puesto que las habéis echado sobre mí para libraros vos de ellas.» Catalina aparentaba compadecer á aquel pobre jefe de partido, sin autoridad entre los suyos, que ni siquiera en La